

# Frente libertario

Madrid, 23 de junio de 1938

Editado por el Comité de Defensa Confederal, del Centro

NUMERO 505

## HACEMOS LA GUERRA

Para los vividores, llámense como se llamen y estén donde estén, solo hay una pena

### Los derrotismos y las maniobras se pagan con sangre

La guerra es a muerte. No nos hacemos ilusiones respecto a la suerte que correríamos si el enemigo triunfara. No queremos que los traidores puedan hacérselas tampoco. No hemos querido la lucha, no la hemos provocado; pero la aceptamos y la sostenemos con toda la dureza precisa. Los débiles, los derrotistas y los ineptos son un estorbo. Quien siente vacilar su fe, quien tiene débil la voluntad, quien se asusta a la mitad del camino, es, como mínimo, un obstáculo que hemos de eliminar. Si sobre esto propala el derrotismo, fragua planes criminales, prepara maniobras políticas, intenta pactos que son ventas del pueblo español, entonces es un traidor con todas las agravantes. Podrá llamarse como se quiera; podrá ocupar el cargo a que, desconociéndole, le elevaron los españoles. Pero sea quien sea y esté donde esté, la ley tiene que caer sobre él con toda su dramática dureza.

Negrín, que tiene tensa la voluntad, que demostró en horas críticas, cuando muchos lo daban todo por perdido, que era nada menos que un hombre, ha hablado de los traidores con la dureza necesaria. Integramente suscribimos sus palabras. Serían las mismas que en ocasión semejante hubiera pronunciado Clemenceau. Pero, en definitiva, las palabras tienen una importancia secundaria. Interesan los hechos.

Han caído demasiados hermanos nuestros para que podamos dejarnos ganar por sentimentalismos y complacencias. El dolor de la sangre vertida hizo un callo en nuestra sensibilidad. Hacemos la guerra. Quienes lo olviden, quienes piensen más en su vanidad personal o en el dinero que la traición pueda valerles, que en la sangre heroica de un pueblo, tendrán razones y motivos para sentirlo. El pueblo no puede perdonar. El Gobierno, representación au-

téntica de las masas populares, tampoco. Las traiciones se pagan con sangre; las debiliades, también.

Si los mejores de entre nosotros murieron luchando contra el invasor, si centenares de ellos encuentran a diario una bala que corta su vida en flor; si millones de hombres se esfuerzan, sacrifican y arriesgan por conquistar el derecho a ser libres, no podemos tolerar, ni admitir enemigos a retaguardia, gentes dispuestas a herirnos por la espalda, individuos prestos a negociar con el sudor y la sangre de España. Y, como el doctor Negrín ha dicho, esos enemigos existen. Existen para buscar componendas infames; existen para envenenar el aire que respiramos; existen para restarnos ayudas y aumentar las posibilidades del invasor. El Gobierno sabe quiénes son. Tiene sus nombres y las pruebas de su infamia. Tiene también la confianza unánime de todos los antifascistas. El Gobierno cumplirá con su deber. La justicia no puede hacerse

esperar, como lección y escarmiento de los cobardes negociadores de la traición al pueblo.

Ley de guerra para todos. Ley de guerra para aplastar a los sapos que aun croan en las charcas pestilentes de la vieja política. Ley de hierro para los traidores, para los ineptos, para los que por falta de capacidad o exceso de mala fe, dificultan la victoria del pueblo español. Cruzamos una hora decisiva y crítica. La debilidad de hoy, sería la derrota de mañana. La energía, la justicia y la ley es la victoria en nuestras manos.

Por nada ni por nadie podemos renunciar al triunfo. Es a lo único que no podemos renunciar. Para lograrlo hay algo decisivo e inaplazable: que la dura ley de la guerra elimine sin pérdida de momento a todos los traidores.

El doctor Negrín tiene la palabra. Millones de españoles cumplirán sus órdenes...

### APUNTES DE LA GUERRA

#### Frente a la campaña totalitaria del fascismo

Sin ninguna vacilación puede afirmarse que hemos entrado en la fase definitiva de la guerra. El fascismo, echando mano a sus últimos pertrechos, aunando sus postreras energías, se lanza abiertamente a la decisiva intentona. Asistimos al comienzo de un desenlace cuyas características es preciso aprovechar, en sus múltiples variedades, para obtener el triunfo de la libertad en esta magna contienda contra la reacción.

Toda España, la facciosa y la leal, es un frente de guerra. Un frente donde se manifiesta una actividad continua como si se hubieran provocado las últimas y gigantescas llamaradas de un apoteósico incendio. Desde la línea de fuego hasta los más apartados rincones de retaguardia, se vive intensamente la tragedia y existe un deseo febril de realizar un esfuerzo titánico para sepultar en la historia la sangrienta carnicería que unos cuantos desalmados, impelidos por las más salva-

jes ambiciones reaccionarias, desencadenaron en nuestro país sin vacilar en mancharlo con las pezuñas extranjeras. En nuestra zona siente el pueblo, con caracteres apremiantes, esa necesidad. La retaguardia, enemiga, ahogada en sangre, agotada, mancillada, exhausta, deshecha o un régimen de esclavitud, experimenta, todavía con mayor fuerza, esas ansias incontenibles de terminar de una vez con la tiranía devastadora.

Indudablemente los fascistas han comprendido perfectamente esta incuestionable realidad. Acaso creyeron en alguna ocasión que sus actividades bélicas, sin contar con la retaguardia, podrían darle la victoria. Operaban como si se tratase de un país a colonizar, desarrollando acciones sobre un plano, trasladándolos al terreno sin tener en cuenta los fenómenos psicológicos. Pero en la zona sometida han surgido reiteradamente elocuentes chibazos. La seguridad facciosa amenaza ruina. Se

ven atacados de manera que no pueden defenderse con armas de combate. El proletariado, ansioso de libertad, se clava en la médula invasora. Hasta la burguesía y los capitalistas no pueden soportar la situación planteada por unos cuantos esquizofrénicos que quizá entiendan algo de bélicas barbaridades, pero que desconocen totalmente el espíritu de las multitudes.

Ante semejantes problemas los fascistas, sin capacidad para resolverlos, no pueden emplear otra táctica que la violencia salvaje. El equilibrio de su retaguardia se cuenta por horas y el rechinar de su poderío puede convertirse en un derrumbamiento final. La rabia, el desconcierto, que produce al enemigo tan visibles amenazas se traducen en ataques desesperados contra la zona leal. Frente a la razón el fascismo, siguiendo su táctica internacional, quiere imponer un hecho consumado. Cree que de tal manera, con un alarde de poder, conseguirá acallar la protesta creciente que en la España sometida se va alzando contra los tiranos.

Generalmente las guerras son perdidas por quienes alcanzan tan desesperada situación. Tienen caracteres definitivos los factores apuntados. Sin embargo, es necesario saber aprovechar el momento oportuno y más que las armas puede, en

estos casos, la habilidad. En las circunstancias actuales se observa perfectamente que los intensos ataques fascistas son impulsados por esa necesidad, que el estado de su retaguardia les impone, y que los obliga a dar el corte definitivo a esta sangrienta aventura. Pero las operaciones motivadas por un factor así no pueden ser perfectas. Adolecen de un nervosismo, de un carácter febril, de la falta absoluta de todo razonamiento. Si ante ellas reaccionamos con serenidad y sabemos hallar el punto vulnerable del enemigo, no cabe duda que podemos propinarle el golpe mortal y obtener la victoria en la histórica batalla que dirima la contienda.

Serenidad en la retaguardia ante los procedimientos totalitarios de los invasores. Actuar con la convicción de que toda España es un frente de lucha. No olvidarse en ningún momento de la retaguardia nuestra, de la retaguardia arrinconada y escondida, cuyo esfuerzo y cuyo espíritu tiene un valor considerable. Y actuar sin descanso, por los medios que no falta quien brinde, sobre la retaguardia facciosa, que es, sin disputa —bien lo sabe el enemigo— el sector más interesante de este gran campo de batalla.

SAMUEL DEL PARDO

VISADO POR LA CENSURA



NO SE PUEDE HABLAR DE OTRA MANERA

## Palabras acordes con el heroísmo y con los anhelos del pueblo español

La lección de eficacia, el maravilloso ejemplo de elevada moral, que hace pocas horas, acaba de dar al mundo el doctor Negrín, al taladrar con sus palabras en lo profundo del sentimiento español, plasmando en realidades toda la órbita de nuestro esfuerzo, acaba de tener un brillante colofón, con el gesto digno y sereno con que el Jefe del Gobierno ha puesto dique, a su llegada a Barcelona, a un falso estado de una más falsa opinión, creada, sin duda, por quienes, de espaldas a la realidad, olvidan en todo momento, que el pueblo español, en el ejercicio de todas sus virtudes, está por encima de todas las podredumbres y de todas las ruindades políticas.

Más que la verdad de esas declaraciones —históricas y enérgicas— nos impresionan como españoles, la viril arrogancia de su tono —el tono en que habla y se produce el pueblo— y la oportunidad de su gesto, plétórico de honradez y de sinceridad.

El zumbido de los moscardones, anestesia lo cal, tras la que pretende parapetarse la impotencia y la cobardía, ha motivado que una vez más el representante directo y po-

putar de una nación que a toda costa quiere ser libre y que lo será pese a quien pese, hable en la forma clara y sencilla, llena de rotundidades exactas, que las circunstancias demandan.

Los que, en su insensatez, fomentan la descomposición de dentro, a la par que intrigan, para que nos asfixien desde fuera, habrán sentido en su rostro de "caínes", el trallazo de hondo desprecio, que con frase justa y con diatriba enérgica, acaba de dirigirles el Jefe del Gobierno. Sus palabras han tenido la virtud de interpretar el verdadero sentir de toda la opinión antifascista. Son producto de las impresiones recogidas en la calle. Y así tienen que ser de expresivas, de ciertas, de veraces.

La misma repugnancia sentida, en estos instantes, el choque violento con la charca pestilente de la política, sintió siempre el pueblo, cada vez que en el camino de sus libertades se atravesó la malquerencia política zigzagueante y absurda, preñada de malévolas intenciones. Y con desprecio olímpico, pagó siempre a sus cantos de sirena.

El valor de las palabras del doc-

tor Negrín, valor de eficacia y de seriedad, eco del pueblo mismo, se calibrará bien pronto al computarlas con los hechos. No en balde, implican un programa inflexible de realizaciones inmediatas.

El pueblo y el Ejército, atentos sólo a la profunda y gloriosa tarea de hacer realidad sustancial y definitiva las felices palabras de "España, para los españoles", no pueden olvidar que mientras que ellos luchan, una autoridad rectilínea levante el dique de su condenación, contra los enemigos arteros, que no vacilan en aprovechar todas sus energías en la mala causa de intentar oponerse a que un pueblo prefiera morir por su independencia antes que verse mancillado con el oprobio de un coloniaje infamante.

Trabajemos, libres de toda preocupación, en la avanzada de nuestros deberes. Nuestros entusiasmos, la multiplicación de nuestros esfuerzos, la seguridad firme en nuestra victoria, nos la respaldan esas últimas palabras con que el Jefe del Gobierno puso fin a sus declaraciones, hechas a los periodistas en Barcelona: "El Gobierno tiene bien firmes las riendas..."

## El Parlamento inglés tolera que un gobernante se entregue impotente a sus adversarios

El debate sobre la política extranjera del Gobierno de "los lores", ha continuado. Al mismo tiempo que trabajaba el sanedrín de Londres, anticipando un posible acuerdo en el problema medular de la paz europea, que no es otro que la retirada auténtica de combatientes extranjeros, en la Cámara de los Comunes seguían no estando de acuerdo las oposiciones y el Gobierno.

La jornada del Comité de no intervención no fue estéril; pero mientras se aprobaba el plan británico de retirada, así como las medidas que lo pueden hacer eficiente, en los Comunes mister Chamberlain daba la sensación de un vencido ante la pesadumbre de su propia obra, cual si ésta fuese irreparable, quitando a los acuerdos del Comité de no intervención una parte de su eficacia para ulteriores acuerdos, indispensables si se quiere que la farsa continúe como hasta aquí.

—¿Qué dijo Chamberlain en defensa de su política, la más desastrosa que ha conocido nunca el pueblo inglés, frente a los alegatos expuestos en contra de aquella por el diputado laborista Baker? Algo inaudito. Algo que parece imposible que haya podido ser pronunciado en el Parlamento más importante del mundo sin que una oleada protestaria no ahogara las palabras de Chamberlain, haciéndose nudo en su propia garganta.

El Gobierno británico, dijo el "premier", comparte totalmente los sentimientos de horror e indignación que le inspiran al camarada Baker los métodos de guerra actuales y los bombardeos aéreos, y en lo referente a China estos sentimientos hubieran llevado al pueblo inglés si el teatro de las hostilidades no estuviera tan lejos, a resoluciones en las que tal vez nunca pensó.

Así habló Chamberlain: En China no actuó, no porque el crimen que en aquella latitud se está realizando sea menos lesivo al decoro inglés que el que significan las humillaciones que suponen dejar sin réplica ni defensa el pabellón británico, sino porque China está muy lejos... España, en cambio, a pesar de estar unida a la Gran Bretaña por ese trozo de tierra española —Gibraltar— por el Mar Mediterráneo, así como por comunes intereses en el Norte de África, no ha hecho modificar la política de Chamberlain, llegando éste a aumentar su responsabilidad histórica, cual si la adquirida hasta hoy fuese poca, diciendo: "No otorgamos a Franco ni a nadie, el derecho a bombardear barcos, mercantes. No vemos, sin embargo, el medio de impedir estos ataques, si no es con un cambio total de la política del país".

Esto se atrevió a decir en la Cámara inglesa Chamberlain: que pueden seguir los bombardeos de los buques ingleses, ya que no hay medio de contrarrestarlos.

Así es como defendía el decoro británico el "premier": mostrándose impotente para replicar adecuadamente a las agresiones que sufre la bandera inglesa, quitando eficacia al acuerdo del Comité de no intervención, pues tales palabras, como bien dijo en su intervención Lloyd George, nunca se atrevió a pronunciarlas ningún gobernante británico, porque ningún Parlamento inglés las hubiera aceptado si tolerado.

Los que bordean la traición son traidores. En guerra para los traidores solo existe una pena.

¡Hay que aplicársela! ¡Cuanto antes lo hagamos, menor será el daño que nos causen!...

Bolo Pachá fué un traidor. Clemenceau lo fusiló en el Bois de Vincennes. Tenía una alta significación política; sobre el Tigre se ejercieron toda clase de presiones para impedir el cumplimiento de la ley. A pesar de todo, la ley se cumplió...

Nuestro Bois de Vincennes espera también a los traidores...

Cuanto antes procedamos a una limpieza inflexible, mejor.

Los sapos que croan en la charca política solo sirven para envenenar el ambiente. Con los sapos no se dialoga: se les aplasta.

## Diccionario del FRONTE LIBERTARIO

(Continuación.)

DESCUBIERTO.—Cómida solución para el problema económico, en lo que respecta a la cabeza.

DESCUIDO.—Pequeña equivocación por la cual aparecen en las casas de algunos cosas que estaban en las casas de otros.

ESDICHIA.—Sobre todas, la mayor es ver la cantidad de cazurros que andan todavía bigardeando por esas calles.

DESEAR.—Mientras no sea más que eso, no hay cuidado. Lo malo es... cuando ya no se desea.

DEBCHO.—Elemento con el que hay que tener alguna prevención. Sobre todo si es de tonta y cetrado.

DESEMBUCHAR.—Acción por la cual se queda uno tan tranquilo, después de haber largado lo que tenía en la nuez.

DESEMPEÑAR.—Entretendida operación que debían realizar con los dientes muchos desocupados.

DESENCANTO.—Jarrito de agua fría que nos echan por encima de la cabeza cuando creemos que hemos alcanzado algo y nos damos cuenta "que nos ha salido rana".

DESENGANCHARSE.—Renacimiento de la personalidad propia. (Cuando se ha perdido.)

DESENGAÑO.—Latigazo del destino que llega desde la tragedia hasta la cursilería.

DESENTONAR.—Una cosa así como lo que hizo Diógenes con la lámpara. Más claro, desentonar es ser como un "incontrolado" dentro de la masa pasiva.

## Del 9 largo

Ha hablado el presidente del Consejo de Ministros de la República Española.

Declaraciones tajantes, honradas, de hombre que siente la lealtad y el valor responsable.

¡Ah!..., pero, además, ha hablado el doctor Negrín. Ha hablado el médico, el catedrático.

Su voz ha resonado con el mismo valor que en las para nosotros tan queridas aulas de San Carlos.

El médico ha visto la enfermedad. La ha "visto"; y el catedrático se ha apresurado a enseñarla a los alumnos. Aquí los alumnos son el pueblo.

Diagnóstico breve... "Un poquito de asco; es decir, mucho, mucho asco..."

Pronóstico breve también... "El pueblo está muy ocupado ahora..."

Terapéutica breve, breve... "Ya vendrá la hora..."

Éxito completo del médico, del catedrático...

Pero... éxito, sobre todos los éxitos, del Presidente del Consejo de Ministros.

No estábamos acostumbrados a ese tono de honrada expresión, que no podemos menos de aplaudir.

Recete usted, doctor, recete usted... que no faltarán hombres de buena voluntad que se desvivirán por ser boticarios de sus recetas.